

tudio del hecho económico concreto. . ." (pág. 317).

h) *El Derecho*. "El derecho, en suma, es un orden normativo inviolable, vinculatorio y autárquico" (pág. 320). Metódicamente el derecho se presenta como un escalonamiento de normas bien establecido; normas que van desde el imperativo concreto de un código y la Constitución política de un país, hasta los postulados del derecho internacional. Las normas específicas encuentran su fundamento en normas más generales. "El derecho internacional es un orden jurídico superior a todos los órdenes estatales, a los cuales integra en una comunidad jurídica universal. . ." (Hans Kelsen, cita de la pág. 321).

i) *La Ética*. La ética es la dirección filosófica encargada de reflexionar sobre la moral y la moralidad humanas; su finalidad reside en decir en qué consiste la esencia de la bondad. Su método es el crítico trascendental: "1) Selección de la formación cultural concreta (factum) cuyos valores se tratan de determinar. 2) Formulación de la hipótesis, esto es, noción anticipada de lo que se busca. . . 3) Verificación de la hipótesis bosquejada en la segunda fase."

j) *La Psicología*. La psicología es una ciencia que ha menester de la madurez de otras ciencias, inclusive las filosóficas. Su cometido consiste en describir y explicar la vida psíquica del hombre fundamentalmente. El método que hoy día se ve más fecundo, ante los unilaterales intentos que han sostenido las direcciones psicológicas, es el método integrativo que consta de los siguientes pasos: a) describir y explicar al hombre en *primera persona*, vale decir, subjetivamente por la *introspección*; b) conocer y presentar los fenómenos psíquicos en *tercera persona*, objetivamente, como cosas, a través del *laboratorio*, *la observación*, *experimentación directa del comportamiento*, los *test*, etc.; c) conocer y determinar a los hombres

mediante la *conversación psicoanalítica*, *la observación de los síntomas*, *la comparación psicológica y las diferencias anímicas*, *la génesis y el desarrollo*, *la interpretación de los símbolos*, etc., es decir, en *segunda persona*.

EDMUNDO FÉLIX ESCOBAR PEÑALOZA

Fritz J. von Rintelen, *La finitud en el pensamiento actual y la infinitud agustiniana*. Librería Editorial Augustinus. Madrid, 1959.

Fritz Joachim von Rintelen aúna, en su persona, las más valiosas características del *homo germanicus*: profundidad metafísica, rigor mental, sentimiento poético, afán de infinitud. . . Pocos habrán calibrado tan agudamente, como él, la filosofía existencial. Goethe le ha transmitido esa visión armónica del mundo; esa valoración positiva del cosmos; ese pensamiento claro, comprensivo, clásico. . . Su "filosofía del espíritu viviente" tiene un efecto libertador. Con serena confianza en las hazañas del espíritu humano, penetra en la riqueza existencial del universo, guiado por la norma absoluta del principio de contradicción. Se rebela contra el activismo desenfrenado de una voluntad demoníaca, contra la postergación de la filosofía del ser greco-cristiana, contra el pesimismo y el nihilismo de la posguerra. Inútiles resultan los remedios políticos o económicos sin la base de una recta y sana filosofía. Para el mal causado por una metafísica, hay que buscar el remedio de otra metafísica. Equidistante de un "intelectualismo" científico, que se limita a lo mensurable, y de un "vitalismo" biologizante, que se adhiere al puro instinto y al impulso, von Rintelen nos ofrece su síntesis personal.

*La finitud en el pensamiento actual y la infinitud agustiniana* (Librería Editorial Augustinus, Madrid, 1959) es un libro que condensa los mejores esfuer-

zos humanistas del distinguido profesor de la Universidad de Maguncia. Prologado por Adolfo Muñoz Alonso y traducido por José Rodríguez Martínez, el libro —que constituye un todo coherente con unidad temática— está dividido en tres partes: I. Sobre la problemática filosófica en la actualidad. II. Nuevo fundamento y nuevas vías de la filosofía. III. Herencia viva.

El conocimiento de la verdad, y no el análisis de la época, es el tema más importante de la filosofía. “Filosofía primera” llama von Rintelen al pensamiento filosófico que está vinculado con la época y a la vez está por encima de toda época; y “filosofía secundaria” al pensamiento filosófico que se abandona a la época, limitándose a su análisis. “La filosofía —nos dice el pensador alemán— tiene un contenido más profundo que el de escribir la novela del alma moderna” (pág. 24). Se pretende limitar a la filosofía con la exclusiva consideración de los problemas del *más acá*. Se declara perturbador a todo lo sobrenatural y trascendente. El grito de Nietzsche resuena en nuestros oídos: “os conjuro, hermanos míos, quedad fieles a la tierra. No creáis a aquellos que os hablan de esperanzas supraterráneas. Son envenenadores.” La intramundanía —“seudomorfosis del concepto Dios”— desea, en vano, dar a la existencia una infinita profundidad de esencia. Rilke y Heidegger, cada quien a su modo, postulan el encierro total en el ser terreno y muestran “la tendencia hasta una finitud pura, hacia una finitud infinita, en el sentido de una finitud elevada” (pág. 29). Queda prohibido traspasar el ámbito del ser espacio-temporal. No resta ninguna esperanza de alcanzar espiritualmente una imagen del mundo que nos brinde la plenitud por los valores. Se percibe solamente lo abyecto, lo malo, lo desarmónico. Nos encontramos dentro de un trágico y desamparado estar-expuesto en lo oculto e inseguro, es decir, dentro de lo problemático, que

se nos opone hostilmente. Nos invade una angustia del ser y un abandono. La soledad inmanente y la carga del ser nos abruman. ¿No encontraremos fuerzas curativas y últimas visiones del espíritu que nos conduzcan filosóficamente por encima de la tragedia?

Fritz J. von Rintelen apela, para las últimas respuestas, a la fuerza de la visión espiritual, a conocimientos y encuentros espirituales, así como a la comprensión espiritual del sentido. En el empeño de poseer verdades de contenido, comunicables, finca el alto privilegio del hombre ante toda creatura. El *logos* se coloca conscientemente ante el *bios*, como poder ordenador, aclarador de sentido. “Tengamos presente que nuestro espíritu animado es la liberación más pura de las ligaduras de la finitud y que puede señalar más allá de ella; pero que es a la vez aquella fuerza que puede arrancar a toda sensibilidad su última profundidad. Se cumple en pleno sentido sólo en la persona humana ligada a los valores que se refieren a la trascendencia. Ella participa de manera irremplazable, irrepetible, en las alturas de lo supratemporal y se siente en lo más profundo ligada a la eterna patria del espíritu” (pág. 57). A la luz de la cultura cristiana, Fritz Joachim von Rintelen estudia nuestra situación espiritual: espíritu como intelecto inferior, predominio del vitalismo, hermetismo en la radical finitud. . . Ante el panorama que priva, el filósofo católico alemán pide una mayor interioridad del ser. Para ganar el auténtico espíritu, se precisa una actitud humana que reúna las siguientes características: 1) receptibilidad espiritual; 2) esfuerzo anímico; 3) recogimiento; 4) una transformación interior de nuestro ser por la visión axiológica; 5) la facultad de participación viva en los pensamientos de valor, y 6) la capacidad para una decisión personal. Todo lo que nuestro espíritu puede experimentar como bueno y valioso es “reflejo

de aquel protovalor, al que jamás alcanzará la voz a denotar". Para poner en jaque a los demonios de lo terrestre, urge avivar la fuerza de una visión más grandiosa del horizonte, desde la Cruz. Hasta aquí la primera parte de la obra que comentamos.

Trazando el nuevo fundamento y las nuevas vías de la filosofía, von Rintelen nos ofrece sus líneas directrices: *a)* sentido y comprensión del sentido; *b)* el centro del hombre y la *philosophia cordis*; *c)* finitud. Valor. Trascendencia. En toda conversación humana hay una transmisión de sentido. Una afirmación del sentido es a la vez una afirmación de la verdad. Y entre sentido y valor hay una relación insoslayable y recíproca. Comprender es siempre un comprender el sentido. La comprensión del prójimo está siempre impregnada de simpatía, es una penetración en su mundo del sentido, movida por el amor. Es menester superar la "constatación", la "explicación causal" y la "captación" filosófico-conceptual, para llegar a la "comprensión" de las conexiones de sentido esencial. Tal es, al menos, la opinión de F. J. von Rintelen: "la filosofía es comprensión de sentido de manera eminente, y sabe la gran importancia que tiene la fuerza del sentido en la existencia cósmica y en la del hombre" (pág. 110). Me parece que el autor no exagera. ¿O es que la comprensión de sentido de la vida humana y del cosmos en general no está más allá de lo físicamente dado, por encima de las ciencias particulares?

El hombre, en lo que tiene de específicamente humano, se ha convertido en el tema de nuestro tiempo. El hombre pluridimensional, con su miseria y su grandeza, con sus niveles múltiples: desde el vital hasta el espiritual. A Fritz J. von Rintelen le interesa, como buen filósofo, la unidad ontológica —y no psicológica— del hombre. "El centro del hombre se halla allí donde se encuentran íntimamente cuerpo y espíri-

tu" (pág. 114). Lo interior, "lo de dentro", es el fundamento de lo personal. Y es en la persona profunda, precisamente, donde logramos la primera aproximación al "otro". Modos de comportamiento fuertemente individualizados, afectos personales (simpatía o antipatía), *pathos*, y disposiciones emocionales axiológicas, delatan "el ser de nuestra persona espiritual profunda y, con ello, el centro esencial consciente-inconsciente, del que deriva nuestro comportamiento" (pág. 118). Toda tarea es un llamamiento a la persona entera, no al pensamiento (intelectualismo) o la corporeidad mecánica (activismo dinámico) exclusivamente.

Al hablar del *ordo amoris*, de la *philosophia cordis*, von Rintelen no quiere dar a los conceptos un significado biológico, físico-corpóreo. Tampoco pretende indicar un desgarramiento sentimental. Quiere, tan sólo, referirse a la esfera íntima del hombre. Esa esfera que tiene su propio tono, aunque ignore las leyes del pensamiento lógico. La fuerza esclarecedora del amor penetra hasta la realidad última. En esta inteligencia amorosa, y no en el principio formal de contradicción, está el criterio definitivo. Desde el corazón, que permanece abierto, tomamos posición con espíritu valorizador.

Para la "Filosofía de la finitud", todo comienza y cesa, atendidos los límites espacio-temporales. Por más lejos que se vaya en el devenir y proceso, no se supera la finitud. Ese no-acabar es tan sólo una infinita-finitud. La Trascendencia metafísica nos eleva, en cambio, "a una dimensión supratemporal y esencialmente separada de nuestra finitud, a cuya permanente verdad estamos referidos" (pág. 130). El existencialismo ha insistido, hasta la saciedad, en la angustia como talante fundamental del hombre. ¿Acaso no existen originariamente simultáneos con la angustia otros talantes fundamentales del hombre? El Dr. Fritz J. von Rintelen señala junto

a la angustia, el peligro, la necesidad de morir y la noche, la posibilidad de una vida gozosa, de una plenitud diurna, de la alegría sustancial y de la seguridad y plenitud de valor personal a menudo unidas con ellas, como "lo más decisivo". Lo alegre tiene la profundidad de lo claro, de lo liberador. Toda dicha —que lleva el rasgo de lo permanente— nos remite a algo valioso. Y "lo valioso en el mundo parece desempeñar el papel de ángel elevador y arrancarnos a las tinieblas. Los valores finitos, en virtud de su tendencia esencial íntima, remite a la plenitud ideal del valor de todo valor: *Deus bonum omnis boni*. El amor —cumbre de los valores personales— nos lanza hacia la patria eterna del espíritu.

La tercera parte de la obra: "Herencia viva", comprende tres estudios: 1) San Agustín y el pensamiento axiológico moderno; 2) San Alberto Magno y nosotros; 3) la esencia del hombre europeo. El autor reacciona ante una civilización relativista y dominada por formas de conocimiento científico-naturales, con la dinámica de un sistema de valores objetivos para las grandes creaciones y conformaciones de la historia en general y de los individuos en particular. Las ideas de San Agustín, en su sobretemporal grandeza, pueden sustanciar al siglo xx. El mundo es bueno en sí, puesto que ha sido creado por Dios. Todo ente es bueno por su forma, su medida, su perfección. Desde la simple materia, apta para la asunción de la forma ordenadora, hasta el más alto escalón del ser y del valor finitos, el mundo va perfeccionándose en una espiritualización creciente. Por encima de un mediocre deseo de goce, San Agustín postula un supremo despliegue ético por el bien mismo. Frente a Dios, bien absoluto, los bienes terrenos se nos presentan evanescentes, relativos, indiferentes en sí. El *ordo naturalis*, realización de la ley eterna, llegará a ser conforme a Dios en su misma conformidad natu-

ral. El mundo temporal se prolonga hasta el interior del mundo eterno. Todo bien mundano sólo puede comprenderse a partir del sumo bien. "Quien ama el amor, ama a Dios." En el amor no puede hablarse de un *uti*, sino que hay que hablar de un *frui*. Nuestro afán de felicidad debe dirigirse:

1. Por la calidad objetiva del contenido del bien deseado;
2. Por la ordenación axiológica de todo lo creado; y
3. Por el bien supremo en sí, Dios.

Es preciso renunciar a un ser inferior y menos valioso por otro superior. Puede hablarse, con toda propiedad, de un objetivismo agustiniano de los valores fundado en un contenido cualitativo. "Dios no es un bien porque funde nuestra felicidad, sino que somos felices porque Él es el sumo bien."

San Alberto Magno, el egregio genio alemán del medievo, tiene una concepción del mundo que se presta para ser considerada desde el punto de vista axiológico. Su filosofía es una conversión de lo material a lo inmaterial, un esfuerzo hacia lo infinito, pero sobre sendas de finitud. Está convencido de la valiosidad de todo ser, de todo quehacer y de su existencia. La "unión con Dios de toda naturaleza y de la sobrenaturaleza despierta en el hombre el sentimiento del amparo, de la vocación para tareas eternas y llenas de sentido, también en lo temporal" (pág. 194). Para Alberto el Teutónico, Conde de Bollstadt, en toda finitud yace algo infinito. Todo ser muestra vestigios de Dios. El mundo, mensajero de Dios, nos lleva a la luz de su prototipo o arquetipo. Existe una rica estructuración jerárquica del bien que culmina en el *summum bonum*. Esta jerarquía debe inducirnos a "amar cualquier cosa en la medida en que valga la pena amarla y según el puesto que ocupe". Si el hombre ha sido creado por amor, ¿cómo no va a estar alegre por su existencia y por su eterno destino?

Termina Fritz J. von Rintelen el libro objeto de este comentario, con algunas luminosas consideraciones sobre el ser del europeo. "La esencia del hombre europeo —nos dice— está señalada, primero, por la *fe en el espíritu*; segundo, por la *fe en el ordenamiento axiológico del cosmos* y no del caos; tercero, por la reacción de la voluntad frente a la naturaleza (el dualismo europeo); y cuarto, por un constante esfuerzo *creador*" (pág. 230).

Más que una filosofía cabal, von Rintelen nos traza caminos, nos propone criterios de comprensión, nos incita a una meditación personal. Una vasta cultura, un fino sentido de comprensión y un contacto vivo y directo con los grandes problemas de la filosofía le capacitan para emprender, mar adentro, una nueva navegación.

AGUSTÍN BASAVE FERNÁNDEZ DEL VALLE

M. M. Rosental, *Les problèmes de la dialectique dans Le Capital de Marx*. Éditions Sociales, Paris, 1959.

Como es sabido, Marx tuvo el propósito de escribir una obra dedicada a exponer metódicamente la lógica dialéctica y la teoría del conocimiento del materialismo dialéctico. Pero nunca le fue posible llegar a realizar esta tarea. Sin embargo, en todas sus obras abundan formulaciones y reflexiones extensas acerca de la dialéctica; y, lo que es más, cada una de sus obras representa un brillante ejemplo de aplicación acertada del método materialista dialéctico al examen de los problemas concretos de que se ocupa. En este sentido, su obra magna tiene también la mayor importancia. Porque, además de poner al descubierto las leyes del surgimiento, del desarrollo y de la declinación del régimen capitalista de producción, *El Capital* constituye igualmente un trata-

do de lógica dialéctica. Y esto se explica, desde luego, por el hecho de que las categorías y las leyes de la lógica dialéctica únicamente tienen validez cuando expresan un contenido material, esto es, cuando representan el desenvolvimiento de la existencia objetiva.

En este libro del Prof. Rosental tenemos justamente una contribución de gran importancia para tratar de esclarecer los aspectos fundamentales de las aportaciones hechas por Marx, en *El Capital*, para la elaboración del método dialéctico y de la teoría del conocimiento marxistas. A la vez, como fruto del riguroso análisis que nos ofrece, el profesor Rosental hace avanzar también la lógica y la teoría del conocimiento del materialismo dialéctico. En cuanto a la profundidad, el rigor y la precisión que caracterizan el pensamiento filosófico del autor, ya se encuentran bien aquilatados entre los lectores de habla española, a través de otras obras suyas que han sido traducidas, como son *El método dialéctico marxista, Diccionario filosófico* (en colaboración con P. Yudin) y *Categorías del materialismo dialéctico* (en colaboración con G. M. Straks).

El objeto de la investigación científica consiste en reflejar la realidad objetiva, estudiando los procesos existentes para descubrir y determinar sus conexiones necesarias, tanto internas como externas. Estas correlaciones fundamentales, inherentes a los procesos y que rigen su desenvolvimiento, son las leyes objetivas —independientes de la voluntad y de la conciencia humanas— cuyo conocimiento nos permite explicar científicamente los procesos e intervenir en su comportamiento. En este sentido, *El Capital* representa un modelo clásico de análisis de las correlaciones inherentes y los vínculos necesarios entre los procesos sociales. Este análisis fue aplicado por Marx a las conexiones internas del modo de producción capitalista y del carácter específico de las leyes correspondientes a este modo transitorio, des-